

GUILLERMO GONZALO SCHIAVA D'ALBANO

INFINITO 8X4

Mi cabeza está recostada y el agua por momentos me llega a los ojos. Esto me tiene sin cuidado. No tiene ningún efecto sobre ellos, los tengo cerrados. No de la manera en que la mayoría de las personas lo hacen, cuando están despiertas y no quieren ver.

Mis párpados, más bien, suavemente los protegen.

Mi espalda está prácticamente horizontal y solo mis hombros y parte de mi estómago sobresalen y son acariciados por esta brisa de enero pampeano. Tan típica de mis vacaciones de verano.

A mis piernas les ordeno moverse, como si pedaleara. Primero una luego la otra, muy despacio sin esfuerzo. De otra manera me hundiría. Pienso que el viento me guía y dirige mi rumbo. Como ingeniero, dejo de lado esta idea y tengo en cuenta que parte de mi movimiento es causado por mis extremidades. Por momentos creo saber donde estoy. Debido a las sombras que traslucen mis párpados y llegan a mi cerebro, mediante pulsos eléctricos. Intuyo que aquella es la del pino, o mas bien del durazno, que se encuentran antagónicos en las esquinas, entre las ardientes baldosas de cemento. Pero son amorfas y no me dicen más que lo que imagino. Por puro placer, asomo mis dedos fuera del agua y la temperatura es muy agradable.

Pienso también en los cuentos de Cortázar... y me pierdo en mis sentidos.

No escucho, más que mis pensamientos. La inexistencia, aquella que solo vivo en este momento, me invita a viajar y me traslado a un Atlántico sin olas. Con su color, azul inmigrante. Me inquieta la idea de no poder observar el fondo, si decidiera hacerlo. Y de encontrarme solo en esta extensión de agua, a la que acudí sin demoras. Vuelvo a entrar en mis cabales y sé que lo estoy haciendo, es disfrutarlo en su extensión. Que quiero disfrutarlo. Vuelvo a mover mis piernas, de tanto pensar me olvidé de ellas y me estoy hundiendo.

Y me veo nadando de esta manera por siempre. Me siento muy bien, nada existe salvo aquello que pienso y palpo con todo mi cuerpo semidesnudo. Tengo puesta una malla naranja (¿o es amarilla?) y negra. Los dedos de mi mano, asoman fugazmente fuera del agua.

Mis ojos no ven y mis oídos no oyen, la conversación que se está desarrollando muy cerca de mí con mates y galletitas dulces. En la mesa blanca, entre Sauce Llorón y las baldosas de cemento. Pero mi mano derecha, ha encontrado el borde y tendré que nadar un poco. Para volver a sumergirme en este infinito de 8 por 4 metros cuadrados. Mi cabeza esta recostada y el agua por momentos me llega a los ojos...